



### 3.1.2 Huérfana de madre

Un hombre tenía dos esposas, cada una de las cuales le dio una niña. Cuando la primera de sus mujeres murió, el marido confió su hija, que no era todavía suficientemente mayor, a la segunda esposa.

Ésta mostraba una actitud de lo más malévolas hacia la pobre pequeña. Le hacía triturar el mijo, la enviaba a recoger leña a la selva y a buscar gombo para la salsa del alcuzcuz. Incluso en plena estación seca le exigía que le llevara gombo fresco y la golpeaba cruelmente porque no conseguía encontrarlo.

Una noche, mientras Aua, la huérfana, dormía se le apareció su madre.

—Hija mía—le dijo—, mañana por la mañana tu madrastra te dará una piel de borrego para que vayas a lavarla al río Rojo. No respondas nada. Ve a lavar esa piel en la que Alimata, tu hermana, habrá orinado. Ve sin temor. Donde quiera que te encuentres, yo estaré siempre cerca de ti.

Llegada la mañana, sucedió tal como había predicho la aparición. Aua fue enviada al río Rojo a lavar la piel de borrego. Mientras iba de camino estalló una formidable tormenta. Vio una choza situada en un huerto y corrió hacia allí para resguardarse del aguacero... pero la choza huyó corriendo delante de ella. No obstante, Aua consiguió alcanzar el refugio fugitivo, no sin antes haberse calado hasta los huesos.

Delante de la choza se encontraba un perro de largo pelo, un gran safo que le dijo:

—Entra si quieres, jovencita.

Aua no esperó a que se lo repitiera. Entró en la choza, al fondo de la cual había colgada una soberbia pierna de buey. El safo era el esclavo y guardián de esta pierna, la cual le dijo:

—Ofrece asiento a esta niña en la estera.

El safo invitó a Aua a que tomara asiento, y la muchacha se sentó. Al cabo de un minuto la pierna ordenó a su esclavo, el perro:

—Dale algo para que se prepare la comida.

El perro le dio dos granos de arroz a la huérfana, y cuando los hubo puesto a cocer en el canario, los granos se hincharon hasta llenarlo por completo.

Cocido el arroz, Aua lo retiró de la marmita y vio que estaba abundantemente guarnecido de grasa. Comió hasta saciar su apetito, y en ese momento lo que quedaba en el canario desapareció como por encanto.

Aua pasó ocho días en la choza en compañía del perro y la pierna de buey. Día y noche se alimentaba de arroz con carne grasa. En la noche del octavo día la pierna de buey le dijo al safo:

—Di a la niña que venga a darme masaje.

Sin hacerse de rogar, Aua cumplió en silencio el servicio solicitado. Entonces la pierna de buey le dijo:

—Ve que eres una buena muchacha. Vuelve a casa de tu padre, pero antes de partir toma estos dos huevos. Cuando llegues a un lugar donde no escuches ninguna voz, deberás romperlos.

La huérfana cogió los huevos y se puso en camino para regresar a la casa paterna. No estaba lejos de la cabaña de la

pierna de buey cuando escuchó voces de seres invisibles que gritaban:

—¡ Casca los huevos para que nosotros los sorbamos!

La niña prosiguió su camino sin dejarse impresionar por las órdenes de aquellas voces misteriosas.

Al fin llegó a un lugar bien limpio, sin la menor piedra, donde ya no escuchaba ningún ruido. Entonces cascó uno de los huevos dejándolo caer contra el suelo. Caballeros, soldados armados de fusiles, cautivos y cautivas, oro en abundancia... todo esto salió de aquel huevo. Aua cascó el otro y de su interior surgieron cantidades de alhajas, suntuosos vestidos y toda clase de animales domésticos.

Envío entonces a uno de los caballeros para que diera cuenta a su padre de su regreso. El jinete entró en el poblado en el momento en que el sartyí, que había convocado a todos los habitantes haciendo sonar el tabuté, se aprestaba a rechazar al cortejo de la huérfana que había tomado por un ejército enemigo.

El rey y el padre de Aua salieron al encuentro de la niña y la condujeron a la cabaña de su padre, a la que llegó montada sobre el caballo que había elegido entre los más hermosos.

Aua hizo entrega a su padre de gran cantidad de riquezas.

Al cabo de unos días, la madrastra, envidiosa de ver a Aua como si fuera una reina, dio a su hija Alimata la piel de borrego que antes confiara a su hijastra, ordenándole también a ella que fuese a lavarla al río Rojo.

Alimata obedeció. Como antes su hermanastra, se encontró con la choza fugitiva. También como Aua, la persiguió bajo el aguacero, se mojó hasta los huesos, pero consiguió, sin embargo, alcanzarla. El safo le invitó igualmente a entrar.

—¡ Vaya! —exclamó—. ¡Cuanto más se vive, más cosas se ven! ¡Mira por dónde, hay aquí un perro que habla!

Cuando entró, la pierna ordenó al safo que la invitara a tomar asiento.

—¡Y ahora esto! —exclamó Alimata—. ¡Un trozo de carne que pronuncia una frase!

Por la noche, siempre bajo las órdenes de la pierna, el safo entregó a Alimata dos granos de arroz para que preparase su comida. La aturdida joven se enfadó:

—¡ Bueno—gritó—. ¿Es así cómo recibís a los forasteros? ¿Qué plato podría prepararme con dos granos de arroz?

La joven se acostó sin cenar.

A la mañana siguiente, la pierna la despidió, no sin antes haberle regalado dos huevos que le aconsejó no romper más que allí donde ninguna voz se pudiera escuchar. Alimata marchó sin una palabra de agradecimiento.

Pronto escuchó voces que le gritaban:

—¡Rompe los huevos! ¡Rompe los huevos!

Y la muchacha se apresuró a cascarlos, dejándolos caer sobre un bloque de laterita: ciegos, cojos, insectos venenosos, animales salvajes, salieron de él. Estas fieras se lanzaron sobre ella y la hicieron pedazos.

*Bogandé, 1911.*

*Contado por FATIMATA OAZI. Interpretado por SAMAKO NIEMBELE, llamado SAMBA TARAORÉ.*



## Los tres enanitos del bosque

Eranse un hombre que había perdido a su mujer y una mujer a quien se les había muerto el marido. El hombre tenía una hija, y la mujer, otra. Las muchachas se conocían y salían de paseo juntas; de vuelta solían pasar un rato en casa de la mujer. Un día ésta dijo a la hija del viudo:

–Di a tu padre que me gustaría casarme con él. Entonces tú te lavarías todas las mañanas con leche y beberías vino; en cambio, mi hija se lavaría con agua y agua solamente bebería.

De vuelta a su casa, la niña repitió a su padre lo que le había dicho la mujer. Dijo el hombre:

–¿Qué debo hacer? El matrimonio es un gozo pero también un tormento.

Al fin, no sabiendo qué partido tomar, quitóse un zapato y dijo:

–Coge este zapato, que tiene un agujero en la suela, llévalo al desván, cuélgalo del clavo grande y échale agua dentro. Si retiene el agua, me casaré con la mujer, pero si el agua se sale, no me casaré.

Cumplió la muchacha lo que le había mandado su padre, pero el agua hinchó el cuero y cerró el agujero y la bota quedó llena hasta el borde. La niña fue a contar a su padre lo ocurrido. Subió éste al desván y, viendo que su hija había dicho la verdad, se dirigió a casa de la viuda para pedirle en matrimonio. Y se celebró la boda.

A la mañana siguiente, al levantarse las dos muchachas, la hija del hombre encontró preparada leche para lavarse y vino para beber, mientras que la otra no tenía sino agua para lavarse y para beber. Al día siguiente encontraron agua para lavarse y para beber, tanto la hija de la mujer como la del hombre. Y a la tercera mañana, la hija del hombre encontró agua para lavarse y para beber, y la hija de la mujer, leche para lavarse y vino para beber; y así continuaron las cosas en adelante. La mujer odiaba a su hijastra mortalmente e ideaba todas las tretas para tratarla peor cada día. Además, sentía envidia de ella porque era hermosa y amable, mientras que su hija era fea y repugnante.

Un día de invierno en que estaban nevados el monte y el valle, la mujer confeccionó un vestido de papel y, llamando a su hijastra, le dijo:

–Toma, ponte este vestido y ve al bosque a llenarme este cesto de fresas, que hoy me apetece comerlas.

–¡Santo Dios! –exclamó la muchacha–. Pero si en invierno no hay fresas; la tierra está helada y la nieve lo cubre todo. ¿Y por qué debo ir vestida de papel? Afuera hace un frío que hiela el aliento, el viento se entrará por el papel y los espinos me lo desgarrarán.

–¡Habrás visto descaró! –exclamó la madrastra–. ¡Sal en seguida y no vuelvas si no traes el cesto lleno de fresas! Y le dio un mendrugo de pan seco, diciéndole: –Es tu comida de todo el día. Pensaba la mala bruja: “Se va a morir de frío y hambre, y jamás volveré a verla”.

La niña, que era obediente, se puso el vestido de papel y salió al campo con la cestita. Hasta donde alcanzaba la vista todo era nieve; no asomaba ni una brizna de hierba. Al

llegar al bosque descubrió una casita, con tres enanitos que miraban por la ventana. Les dio los buenos días y llamó discretamente a la puerta. Ellos la invitaron a entrar y la muchacha se sentó en un banco, al lado del fuego, para calentarse y comer su desayuno. Los hombrecillos suplicaron:

–¡Danos un poco!

–Con mucho gusto –respondió ella; y, partiendo su mendrugo de pan, les ofreció la mitad. Preguntaronle entonces los enanitos:

–¿Qué buscas en el bosque, con tanto frío y con este vestido tan delgado?

–¡Ay! –respondió ella–, tengo que llenar este cesto de fresas y no puedo volver a casa hasta que lo haya conseguido.

Terminado su pedazo de pan, los enanitos le dieron una escoba y le dijeron:

–Ve a barrer la nieve de la puerta trasera–. Al quedarse solos los hombrecillos celebraron consejo:

–¿Qué podríamos regalarle, puesto que es tan buena y juiciosa y ha repartido su pan con nosotros?–. Dijo el primero: –Pues yo le concedo que sea más bella cada día–. El segundo: –Pues yo, que le caiga una moneda de oro de la boca por cada palabra que pronuncie–. Y el tercero: –Yo haré que venga un rey y la tome por esposa.

Mientras tanto la muchacha, cumpliendo el encargo de los enanitos, barría la nieve acumulada detrás de la casa. Y ¿qué creéis que encontró? Pues unas magníficas fresas maduras, rojas, que asomaban por entre la nieve. Muy contenta llenó la cestita y, después de dar las gracias a los enanitos y estrecharles la mano, dirigióse a su casa para llevar a su madrastra lo que le había encargado.

Al entrar y decir “buenas noches” cayeronle de la boca dos monedas de oro. Pusose entonces a contar lo que le había sucedido en el bosque y he aquí que a cada palabra le iban cayendo monedas de la boca, de manera que al poco rato todo el suelo estaba lleno de ellas.

–¡Qué petulancia! –exclamó la hermanastra–. ¡Tirar así el dinero!–. Mas por dentro sentía una gran envidia y quiso también salir al bosque a buscar fresas. Su madre se oponía:

–No, hijita, hace muy mal tiempo y podrías enfriarte. Mas como ella insistiera y no la dejara en paz, cedió al fin. Le cosió un espléndido abrigo de pieles y, después de proveerla de bollos con mantequilla y pasteles, la dejó marchar.

La muchacha se fue al bosque, encaminándose directamente a la casita. Vio a los tres enanitos asomados a la ventana, pero ella no los saludó y, sin preocuparse de ellos ni dirigirles la palabra siquiera, penetró en la habitación, se acomodó junto a la lumbre y empezó a comerse sus bollos y pasteles.

–Danos un poco –pidieronle los enanitos; pero ella respondió:

–No tengo bastante para mí, ¿cómo voy a repartirlo con vosotros?

Terminado que hubo de comer, dijeronle los enanitos:



—Ahí tienes una escoba, ve a barrer afuera, frente a la puerta de atrás.

—Barred vosotros, yo no soy vuestra criada.

Viendo que no hacían ademán de regalarle nada, salió afuera y entonces los enanitos celebraron un nuevo consejo:

—¿Qué le daremos, ya que es tan grosera y tiene un corazón tan codicioso que no quiere desprenderse de nada?

Dijo el primero:—Yo haré que cada día se vuelva más fea. Y el segundo:—Pues yo, que a cada palabra que pronuncie le salte un sapo de la boca. Y el tercero:—Yo la condeno a morir de mala muerte.

La muchacha estuvo buscando fresas afuera, pero no halló ninguna y regresó malhumorada a su casa. Al abrir la boca para contar a su madre lo que le había ocurrido en el bosque he aquí que a cada palabra le saltaba un sapo, por lo que todos se apartaron de ella asqueados.

Ello no hizo más que aumentar el odio de la madrastra; sólo pensaba en los medios para atormentar a la hija de su marido, cuya belleza era mayor cada día. Finalmente cogió un caldero y lo puso al fuego, para cocer lino. Una vez cocido, lo colgó del hombro de su hijastra, dio a ésta un hacha y le mandó que fuese al río helado, abriera un agujero en el hielo y aclarase el lino. La muchacha dirigióse al río y se puso a golpear el hielo para agujerearlo. En esto estaba cuando pasó por allí una espléndida carroza en la que viajaba el rey. Este mandó detener el coche y preguntó:

—Hija mía, ¿quién eres y qué haces?

—Soy una pobre muchacha y estoy aclarando este lino.

El rey, compadecido y viéndola tan hermosa, le dijo:

—¿Quieres venirte conmigo?

—¡Oh, sí, con toda mi alma! —respondió ella, contenta de poder librarse de su madrastra y su hermanastra.

Montó, pues, en la carroza, al lado del rey y, una vez en la corte celebróse la boda con gran pompa y esplendor, tal como los enanitos del bosque habían dispuesto para la muchacha. Al año, la joven reina dio a luz un hijo, y la madrastra, a cuyos oídos habían llegado las noticias de la suerte de la niña, encaminóse a palacio acompañada de su hija, con el pretexto de hacerle una visita. Como fuera que el rey había salido y nadie se hallaba presente, la malvada mujer agarró a la reina por la cabeza mientras su hija la cogía por los pies y, sacándola de la cama, la arrojaron por la ventana, a un río que pasaba por debajo. Luego la vieja metió a su horrible hija en la cama y la cubrió hasta la cabeza con las sábanas. Al regresar el rey e intentar hablar con su esposa detuvo la vieja:

—¡Silencio, silencio! Ahora no, está con un gran sudor, dejadla tranquila por hoy.

El rey, no recelando nada malo, se retiró. Volvió al día siguiente y se puso a hablar a su esposa. Al responderle la otra a cada palabra le saltaba un sapo, cuando antes lo que caían eran monedas de oro. Al preguntar el rey qué significaba aquello, la madrastra dijo que era debido a lo mucho que había sudado, y que pronto le pasaría.

Aquella noche, empero, el pinche de cocina vio un pato que entraba nadando por el sumidero y que decía:

*Rey, ¿qué estás haciendo?*

*¿Vela o estás durmiendo?*

Y, no recibiendo respuesta, prosiguió:

*¿Y que hace mi gente?*

A lo que el pinche de cocina respondió:

*Duerme profundamente.*

Siguió el otro preguntando:

*¿Y qué hace mi hijito?*

Contestó el cocinero:

*Está en su cuna dormidito.*

Tomando entonces la figura de la reina subió a su habitación y le dio de mamar; luego le mulló la camita y, recordando su anterior forma de pato, marchóse nuevamente nadando por el sumidero. Las dos noches siguientes volvió a presentarse el pato y la tercera dijo al pinche de cocina:

Ve a decir al rey que coja la espada, salga al umbral y la blanda por tres veces encima de mi cabeza.

Así lo hizo el criado, y el rey, saliendo armado con su espada, la blandió por tres veces sobre aquel espíritu, y he aquí que a la tercera levantóse ante él su esposa, bella, viva y sana com antes.

El rey sintió en su corazón una gran alegría, pero guardó a la reina oculta en un aposento hasta el domingo, día señalado para el bautizo de su hijo. Ya celebrada la ceremonia, preguntó:

—¿Qué se merece una persona que saca a otra de la cama y la arroja al agua?

—Pues cuando menos —respondió la vieja—, que la metan en un tonel erizado de clavos puntiagudos y, desde la cima del monte, la echen a rodar hasta el río.

A lo que replicó el rey:

—Has pronunciado tu propia sentencia— y, mandando traer un tonel como ella había dicho, hizo meter en él a la vieja y a su hija, y, después de clavar el fondo, lo hizo soltar por la ladera, por la que bajó rodando y dando tumbos hasta el río.

*Conte dels germans Grimm*

## ACTIVITATS 8

- Quines afinitats trobes entre els dos contes que has llegit?